

EL BÓSQE VENCÍDO

1

Es en ésta espesúra
donde no créce la cizáña.
Aquí la léve flor
se muéstra júnto al árbol poderóso,
los arómas se mézclan
con el cánto del áire cruzándo éntre la frónnda.
Aquí lo cristalíno de las águas
reverbéra en el ála sutil de la libélula.
Náda túrba el sonído
de la mágia del bósque,
de sus profúndos écos,
de su belléza.
Aquí tróta, feliz, el unicórnio.

2

Retóza el unicórnio en su paráje
de luz, galópa en libertád,
piáfa sóbre la hiérba que su cásko
opríme sin destrózo,
se adéntra hácia el verdór de la espesúra
y contémpla, y escúcha, y olfatéa
el suáve resplandór,

el murmullo, el aroma
de lo que bebe de la tierra
y crece hacia los cielos,
de lo que vuela por el aire
y se posa en la flor y entre las hojas,
de lo que corre en la maleza
con frescura de instinto sin pecado.

La crin del unicornio se alimenta del viento;
sus ojos del temblor como esmeralda
que destella en el bosque;
su aliento de la vida,
del latido y el son que en todo mora.

3

Ha conocido al hombre el unicornio
y espera su amistad, que lo haga suyo,
que mezcle las esencias de su cuerno de luz
con la tibia esperanza que él posee en la sangre.

Pero ha traído el hombre
la cincha de su historia,
la brida de sus miedos,
la espuela dolorosa de sus ansias,

el fuégo desatádo de sus ódios
y el unicórnio súfre,
sacúde su cabéza,
se encabríta, se cánsa,
se detiéne,
y luégo llóra.

4

Ni en la delicadéza
que fecúnda la flor,
ála de maripósa en primavéra;
ni en la gargánta
felíz del riachuélo:
canción de pláta víva éntre las rócas;
ni en la serenidád del välle
que se sábe refúgio éntre los móntes;
ni en el rubór del sol en la hojarásca.
Oh, tímido unicórnio que habítas la arboléda
del corazón más dúlce de la vída,
sólo pónes tus ojos,
tras tánto fuégo y sómbra,
tras tánto desencánto y destrucción,
en la desolación de la distáncia.

El silencio devora al unicornio.

La crin ya no se enciende,
no se escuchan los vívidos relínchos
ni dibuja esperanzas en el aire
la punta de su cuerno.

No se siente galope que pregone
la plena libertad de la espesura.

Un viento oscurecido se propaga
y las aves se espantan y temerosas huyen.

Morada sin paisaje,
antiguo paraíso que el hombre ha desolado
queda ya en el futuro
este bosque vencido.